

# CUENTO

**Sonia Baez Urbina**

Egresada del Programa de Licenciatura en Español-Inglés

## **“Mi primo Cerro Negro y sus vecinos Chiles y Cumbal”**

En una selva virgen, húmeda-tropical, convivían hermosos y armoniosos animales como venados, guaras, guatines, ardillas, lobos, tigrillos, tejones, guantas, chucures. En los árboles frondosos vivían aves como pavas, coloridas maruchas, loros, papagayos, carpinteros, gavilanes, águilas, pirchichos, cucaracheros. En el aire se respiraba paz, se respiraba polen, también se encontraban todos los olores de los animales vivientes y los perfumes de las bellas flores coloridas.

La selva era feliz de tener tanta riqueza en su interior. Nunca se sentía cansada y sonreía mucho, su color verde era único, sus plantas eran el resultado de la combinación de un verde oscuro con azul y amarillo. De repente, de tanta felicidad que la naturaleza emitía, un cerro cubierto del mismo verde de la feliz selva llamado Cerro Negro, sintió envidia y empezó a pensar cómo dañar esa felicidad de la madre selva.

Pasaron los días, cuando de repente el durmiente cerro despertó diciendo: “¡Lo tengo!, me comunicaré con mis vecinos volcanes mayores Chiles y Cumbal y los tres armaremos un plan para destruir esa felicidad y hermosura que contiene esta selva”. Pero en ese instante, surgió desde su profundidad una pregunta: — ¿Y cómo se supone que me voy a reunir con mis vecinos? Ay, ¡qué loco que soy yo!, ahora me tocará buscar un mensajero”, se dijo. Tendrá que ser un mensajero que viva en la tierra, que atraviese todo terreno. ¡Ah, ya!, pediré la raíz más larga y fuerte al Chimbuzo, al Cedrillo y al Usma. La raíz del Chimbuzo será mi

comunicadora, para mi vecino Chiles será la de Cedrillo, y para el Cumbal será la de Usma.

Y así lo hizo. Internamente nuestro cerro se comunicó con los tres valiosos árboles para pedirles la raíz más fuerte. Las raíces no sabían la razón por la cual debían ir donde vivía EL Cerro Negro, sin embargo, cada una obedeció a su amo. Ninguna de las tres pensaba que se iba a encontrar con otras raíces, pero se sorprendieron cuando estuvieron en el patio de su pedidor. Cada una se preguntaba: “¿qué iremos a hacer?, ¿será peligroso estar aquí?”, sin embargo, ninguna reaccionaba, hasta que la raíz de Chimbuzo tomó valor y muy amablemente inquirió:

— Disculpe, vecino o señor cerrito, ¿será tan amable de decirme para qué me pidió?

Y el vecino respondió con voz agitada:

— ¡Tú serás mi escucha y habla!

— ¿Cómo así?, preguntó de nuevo la raíz, asustada y alegre al mismo tiempo.

—La selva es feliz, goza de tanta hermosura, y ¿yo qué soy?, dijo Cerro Negro. Apenas un cerro estancado que no puede ni sentir ni mirar a un chapul saltando; por eso, he decidido hablar con mis compañeros Chiles y Cumbal para saber qué opinan de esta selva en la que estoy, y así decidir si dejarla que sea feliz o no.

Al escuchar esas palabras, la raíz mayor de Chimbuzo se sintió triste, ella jamás había servido para hacer el mal. Se deprimió tanto que en el momento de trasladarse donde estaban los dos volcanes, el cerro tuvo que hacer bastante esfuerzo para moverla. En el momento que la empujaba, la tierra se meneó y todos los animales se asustaron, así que ellos rápida y cuidadosamente se escondieron en sus cuevas y nidos. Los pobladores que habitaban cerca a los nacimientos de agua que hace el río San Juan entraron en pánico, algunos hasta vendieron todos sus animales para salvarse, pues ellos pensaron que sería su fin. Con los movimientos causados por la envidia del cerro, sus vecinos, el volcán Chiles y el Cumbal se despertaron y se colocaron en alerta; mientras ellos estaban en guardia sintieron que algo se les acercaba (eran las raíces designadas para cada uno), pero ellos no

lo supieron hasta que una vocecita se presentó con la voz del gran Cerro Negro.

Ya habiéndose instalado y luego de asegurarse que las tres raíces pudieran comunicar lo que cada uno quería decir, empezó la reunión. Como las raíces eran los ojos, narices, oídos y bocas de cada uno, la raíz Usma se acercó a la raíz de Chimbuzo diciéndole:

— No pensé estar tan cerca de usted y de usted, dirigiéndose a la raíz de Cedrillo.

La raíz que representaba al volcán Chiles también emitió voces de regocijo por estar reunidas. Después de ese corto y afectuoso saludo, el Cerro Negro empezó a hablar con tono triste:

— Yo me he sentido triste e inservible en la selva porque ella es tan alegre y yo no, ¿no les pasa lo mismo a ustedes?, preguntó.

Tomó la palabra el volcán Chiles: — Eh, bueno, comprendo la situación, primo, pero tú has sido afortunado al vivir en un lugar que no es tan helado. Yo me he sentido el malo de mi pueblo porque emito tanto frío; mi amigo el cóndor no ha vuelto, todos los animales, mis amigos, me han abandonado, murmuró en tono triste y lento.

Por último, habló el volcán Cumbal: — Escuchándolos puedo concluir que los tres nos hemos quedado en el olvido, por ejemplo, en mi caso, ni el señor que solía cortar hielo ha vuelto.

Luego de un corto silencio, la raíz de Chimbuzo habló en nombre del Cerro Negro:

— Yo quería proponerles que saquemos reglas para los que nos rodean y que nos hagan sentir importantes, dijo con voz entusiasmada.

— ¡Buena idea!, deberíamos tener una fiesta o muchas fiestas, dijo la raíz que representaba al volcán Chiles, en tono de recocha.

El volcán Cumbal no esperó nada para exclamar:

— ¡Juepuchas! ¡Que buenísima idea! Que todos los animales nos rodeen, que nos traigan ofrendas, que nos traigan chichita, y que las personas hagan un día de silencio, que no trabajen, que no salgan de sus casas. Al oír a sus dos primos, el

Cerro Negro, muy alegre y con voz firme pero amable dijo:

— Listo, esto fue más fácil de lo que me lo esperaba. ¡Yo no sabía ni cómo decirles que eso era lo que quería! Entonces, ¿cuál será día para que los animales nos visiten y para cuándo los humanos tendrán un día de silencio?

— Yo quiero que los animales me visiten y me lleven lo que ellos deseen en cualquier día del mes de junio y que mis habitantes hagan silencio el último día del mismo mes, dijo la raíz del volcán Cumbal. Por su parte, la raíz del volcán Chiles propuso:

— Yo quiero que mi día sea en enero. Que haya un carnaval de animales, que jueguen a mi alrededor, y que mi gente haga silencio el 15 de enero. La raíz de Chimbucho con la voz del Cerro Negro, dijo:

— Bueno, yo quisiera que mis amigos de la selva me visiten todos los últimos días de los doce meses y quisiera que mi gente haga silencio un día de la semana de Pascua.

— ¡Listo!, gritaron a una sola voz las tres raíces.

Llegados a este punto, el volcán Cumbal señaló:

— Ha sido un gusto hablar con ustedes, esto quedará para la historia. Ahora que nuestras raíces se encarguen de difundir nuestro decreto, nos encontraremos por si debemos modificar alguna actividad, compañeros de lucha.

— Así lo haremos, respondieron las dos raíces. Y se fueron cada una con su volcán a cumplir con su trabajo para luego volver al tallo de sus dueños. Esta vez, como las raíces estaban alegres, ni el cerro ni los volcanes tuvieron que hacer fuerza.

Las raíces fueron muy eficaces en su trabajo, a pesar que les tocó desenvolverse en distintos territorios; de hecho, la única que volvió a su propio territorio fue la de Chimbucho. Las raíces contaron lo que se había hablado, relataron cómo habían dicho sentirse los volcanes, esto hizo que los animales que habitaban alrededor de cada uno tuviera mayor conciencia:

— Sí lo haremos, ellos también son parte importante nosotros. Ellos son algo hermoso para nosotros, son nuestros guerreros, dijeron.

Y fue así como los animales de la selva y la gente guardaban un día en nombre de ellos. Cuando era el día de hacer silencio en los alrededores del Cerro Negro, los gallos, desde las cuatro hasta las siete de la mañana, cantaban sin parar en sus gallineros, luego se detenían. Cuando era el día para las zonas aledañas al volcán Chiles, las vacas balaban tres veces al mismo tiempo, a las cinco de la mañana, pero no más. Por los lados del Volcán Cumbal, ni los cuyes ni los conejos chillaban. Los volcanes fueron muy felices mirando a sus amigos a su alrededor, tomando chichita; con respecto al primo Cerro Negro, se dice que se hizo amigo de un chapul y se la pasaba carcajeando. De vez en cuando este asustaba a su gente, pero era porque reía con mucho estruendo al ver las piruetas realizadas por su amigo. Por tanto, lo que tal vez pudo terminar en desastre debido a la envidia del Cerro Negro hacia la madre naturaleza de su alrededor, pasó a ser alegría.